

LA DEMOCRACIA



I

Repasando uno de estos días las *Memorias de ultratumba*, de M. Chateaubriand, mis ojos se han detenido en las siguientes frases:

«Europa corre á la democracia... Desde David hasta nuestro tiempo, los reyes fueron llamados; las naciones parecen serlo á su vez... Abundan los síntomas de la transformación social. En vano se hacen esfuerzos para constituir un partido para el gobierno de uno solo: los principios de este gobierno se encuentran... Después de todo, será menester renunciar á él. ¿Qué son tres, cuatro, veinte años en la vida de un pueblo? La antigua sociedad perece con la política de que saliera... La era de los pueblos ha llegado».

He ahí lo que escribía, hace próximamente medio siglo, el despabilado paladín de la monarquía. Estaba noblemente envuelto en la fidelidad de su rey, y dejaba oír ese grito de absoluta des-

esperanza ante la nueva sociedad, que irresistiblemente subía como los mares. Hoy, el movimiento ha continuado, se ha acentuado aún, barre á estas horas los últimos escombros del viejo mundo.

Pues bien, el siglo entero está ahí, en esa evolución social. Es el advenimiento de la democracia el que renueva nuestra política, nuestra literatura, nuestras costumbres, nuestras ideas. Compruebo un hecho, nada más. Y añado que el que quiera interceptar el camino á ese hecho será arrastrado por él.

Comprendo, por otro lado, todos los pesares. Un viejo edificio, de una majestad secular, no cruje sin llenar los corazones religiosos de cólera y de dolor. Los monarquistas ponen su esperanza en una restauración que creen posible; nada más respetable. Hasta admito que esta restauración tendrá lugar mañana. Un rey reinará diez, veinte, treinta años. Y luego, ¿qué? Como dice Chateaubriand, en ese grito de melancolía suprema: «Después de todo, será necesario renunciar á la cosa». Un nuevo reflujo ahogará el trono, y la democracia se dejará ver nuevamente, más amplia y más profunda».

*

* *

¿A qué enfadarse? ¿A qué romperse los puños contra una fuerza?

La fuerza pasa, siempre debe pasar. Aun cuando mañana tuviésemos un rey, su primer cuidado sería formar parte de la democracia, porque la

realeza no es ya posible si no le da la mitad del trono.

Por otra parte, no prejuzgo la forma de gobierno; todos los ensayos pueden tentarse; hasta al cabo de cien años, nuestras catástrofes políticas, vienen de los tanteos para regular el funcionamiento normal de las nuevas sociedades. De ahí nuestro malestar, nuestras disputas, el desorden á que asistimos, y que á veces, en el desaliento de la hora actual, nos hace olvidar el gran trabajo del siglo.

Ni siquiera estoy hablando como republicano, hablo como hombre.

¿Por qué no tener fe en la vida, en la humanidad? Un trabajo sordo la sacude y la impulsa. Pues bien, ese trabajo no puede ser más que un ensanchamiento del ser, una toma de posesión más vasta del mundo.

No hay ninguna razón para creer en el mal final; por el contrario, cuando la suma de esfuerzos se ha hecho, se comprueba siempre en la historia un paso más hacia adelante, á pesar de los errores de la marcha. Avancemos, pues, pongamos nuestra certidumbre en el porvenir. A pesar de todo, el mañana tendrá razón.

Tal es la creencia inquebrantable que quisiera ver en todo hombre político, por encima de la abominable conveniencia de los partidos. La miseria comienza cuando se descende á la medianía y á la tunantería de los ambiciosos que son la vergüenza de su época. Se es entonces presa de gran indignación, se pelea contra esos hombrecillos por poca precaución que se tenga de la verdad; y tal

vez se obrara mejor guardando silencio, esperando el total de los resultados, porque todo entra en el trabajo de la vida, hasta los elementos sucios y destructores. Así como la muerte es necesaria á la existencia, los hombrecillos fueron hechos sin duda para llenar las fosas, en las cuales caen de nuevo en el vacío, mientras que el siglo pasa.

La política no es hoy más que eso. Si la hora parece turbia aún, los hechos se indican con más precisión cada vez, y lo que todo el mundo oye es el zumbido de la democracia, que sube sin cesar. Es el porvenir, nadie es capaz de dudarlo. Así, pues, es necesario aceptarla, se ha de creer en ella, dejando que las pasiones de unos la nieguen y que las ambiciones de los otros se la metan en el bolsillo. No tiene ella la culpa de que imbéciles y tunantes especulen con ella. Y sobre todo, es menester no temblar al ella acercarse, cualquiera que sea la tempestad que nos la traiga. El mundo se hizo en medio de los cataclismos. Cuando se haya concluido, la obra será buena.

*
* *

Pero dejo la política que en suma no es mi dominio, y donde guerroo solamente porque en ella abundan todos los desórdenes humanos, y paso á la literatura.

En las letras, la evolución democrática se cumple con tanto poder como en la política.

Después de la insurrección romántica, que lim-

pió el terreno, vino el movimiento naturalista, para asentarse en el nuevo orden. Toda sociedad aporta su literatura, y hace mucho tiempo que los críticos anuncian la transformación del espíritu literario. Sainte-Beuve, presa de inquietud ante esa ola creciente, había retrocedido á las edades clásicas, después de poner vanamente su esperanza en el romanticismo. A pesar de su amplia comprensión, sentíase desbordado en sus costumbres y sus gustos, decía que una edad acababa y que había llegado la hora en que los escritores de la vieja Francia debían irse.

Este sentimiento de terror, estas ganas de acabar, los he encontrado en todos mis mayores, y en los más ilustres. Es la actitud inquieta y desesperada de los realistas en política, ante la nación trastornada, derrumbando las construcciones antiguas; y lo singular es que los escritores que tiemblan ante la democracia en literatura son en ocasiones los que más trabajaron en su advenimiento. Pero son los hijos de otra edad, todo les hiere en la nuestra.

La prensa, con su estrépito ensordecedor, su tarea tan turbia, los arroja fuera de sí mismos. Permanecen en la torre de marfil de Vigny, donde han guardado el pontificado del poeta, rimando á ratos, llenos de cólera ante la idea de vender sus obras. En nuestra producción literaria, confusa y tardía, hecha una profesión, ven el próximo fin de la literatura, el derrumbamiento definitivo de esas obras grandes y bellas.

Trato de pintar aquí exactamente un estado de espíritu muy característico. Fáltales tierra, pare-

ce que el mundo haya acabado. A lo lejos, el zumbido de la democracia que avanza, paréceles á ellos el clamor de los bárbaros, acudiendo á matar las inteligencias y á implantar en los pueblos el nivel igualitario de una medianía universal. Y este espanto, está ideado de que la democracia es la enemiga de las artes y de las letras, les da el odio de su tiempo, de las ideas nuevas, de las modernas invenciones, de esa vasta corriente positivista, cuya influencia en nuestra literatura contemporánea es cada vez más marcada.

Háblese de la época á los escritores que tienen hoy de cincuenta á sesenta años.

Algunos se lanzarán tal vez á efusiones líricas sobre la democracia, á la cual el romanticismo, en las últimas, ha puesto el justillo de Hernani. Pero los otros, los que no pertenecen al carnaval humanitario, elevarán los brazos al cielo, ante la abominación del país de las letras.

El antiguo espíritu, ese lindo espíritu de los jardines académicos, todo de erudición amable y de retórica maliciosa, agoniza en la actualidad, para dejar su sitio á otro espíritu, de una claridad brutal, todo documentos, que reemplaza la recreación literaria de otros tiempos por las experiencias del sabio, que acepta al fin el oficio de escritor, le practica y vive de la pluma, como el médico vive de su lanceta.

Este aspecto positivo de las letras es el que indigna á nuestros mayores y les hace predecir el fin de la literatura francesa, ahogada en el utilitarismo y en la tarea igualitaria de la democracia.

Entre nuestros contemporáneos, conozco otro grupo de escritores que, sin lamentarse, permanecen escépticos y despreciativos ante el movimiento democrático.

Estos tienen mi edad. Son melodistas de la inteligencia, que ponen una especie de aristocracia en comprenderlo todo y no apasionarse por nada. Discuten acerca del arte de peinarse sin peine, se dan como hombres de ingenio y llevan la sutilidad hasta coger las cosas por la cola, con tal de no parecerse á los otros hombres. Pero, sobre todo, tienen la pretensión de estar siempre á un lado, con el desdén de la multitud; sé de algunos que afectan escribir para un solo lector, algún compañero eminente, diciendo que se burlan de la opinión del resto de los mortales. La verdad es que, en el fondo, no van con su siglo, porque no tienen la pasión de él.

Y, sinceramente, esos jóvenes de la literatura me entristecen más, con su música de salón, que los románticos maestros mayores con sus lamentaciones á toda orquesta. Se comprenden los pesares por el pasado, en presencia del porvenir; pero ¿qué decir de esos hijos de la hora actual que encuentran espiritual y distinguido abandonar la tarea para entregarse aparte á esos juegos inocentes? La democracia asciende, y ponen barquichuelos de papel en cubetas de agua, so pretexto de que no están calzados con la finura suficiente para ir á mojarse fuera.

II

Pues bien, en literatura como en política, creo que es necesario no tener miedo ante los tiempos nuevos. Una literatura no muere sino con una lengua. Mañana aportará su obra, y tanto más amplia, lo espero, cuanto más parece agrandarse el hueco en el siglo xx. Es imposible que asistiáramos á una agonía, después de la prodigiosa actividad intelectual que marca nuestro tiempo; es seguramente un nacimiento, el comienzo de un gran período histórico.

¿Qué siglo va á nacer? No puede decirse. Pero ¿por qué no tener confianza y no esperarle con la serenidad de la fe?

Sin duda que nuestra época literaria está singularmente turbada. Desde el desmoronamiento del tiempo clásico, hemos vivido en la anarquía de los estilos; la catedral gótica se derrumbó luego, como aquellas ruinas ficticias que una gota de lluvia convierte en barro en los jardines burgueses; y desde entonces ha reinado la confusión de las fantasías personales, mientras que, lentamente, la fórmula naturalista se completaba y se imponía. Sólo nuestros hijos podrán mostrarla clara y establecerla, pues nosotros estamos aún demasiado acalorados á causa de la lucha para tener la calma necesaria. De ahí vienen todas nuestras lamentables exageraciones, nuestra lengua toda-

vía empenachada, nuestra observación demasiado especialmente vuelta hacia ciertos asuntos. Toda revolución comienza así, por violencias enfadosas. Es necesario esperar á que el nuevo Estado se funde.

*
* *

Es como el estrépito vacío de la prensa, esa ola de baja literatura que llena la inteligencia pública y desespera á los verdaderos escritores.

Verdad es que no es la cosa muy propia y que hay ahí un resultado democrático que inquieta. Sólo que, como en toda evolución humana, se debe hacer un apartado de las miserias y las vergüenzas.

Por otra parte, la prensa lleva á cabo una labor útil; es la vanguardia de la democracia, difunde la lectura y ensancha nuestro público.

Sé que precisamente de ese público demasiado grande se quejan los antiguos hombres ilustrados y los refinados de la joven generación.

Pero ¿por qué hemos de temblar ante una clientela hecha de toda la nación? Ahí está la verdadera democracia en literatura: hablar de todo y hablar de todos, dar derecho de ciudadanía en las letras á todas las clases y dirigirse á todos los ciudadanos. Si nuestro público se hace inmenso, deber nuestro es tener la voz bastante poderosa para que llegue á los cuatro extremos del país.

Y lo propio ocurre con el mercantilismo que se reprocha á las letras modernas.

He dicho en otra parte que el dinero nos hace dignos porque nos hace libres. Somos comerciantes, es verdad; no lloriqueamos como aquel escritor de Chattertón, cuando nos vemos obligados á vender nuestros libros; y nuestros libros son justamente nuestros desde que los vendemos. Hemos conquistado el derecho de decirlo todo en ellos viviendo de nuestro trabajo, como los otros productores de la nación.

Dejad correr las aguas cenagosas que todo diluvio vierte sobre la tierra y contad con el cielo azul.

Sin duda que está obscuro el porvenir, que nadie puede aspirar á fijarle. Se explican las horas de desesperación en tiempos tan turbados como los nuestros. ¡Cuántas veces los más firmes, perdiendo la tierra de vista, abandonándose en medio de la tempestad, blasfeman contra sus creencias! Y he aquí por qué es necesario dar la ciencia por base á todas las manifestaciones de la humana actividad. La ciencia es la única certeza. Ponedla en la política y en la literatura, si tenéis necesidad de creer. En seguida os sentiréis fuertes. Estaréis de pie sobre una roca que no se moverá.

Sí, la ciencia regulará la democracia misma. Esta democracia no es aún más que una palabra, un monstruo horrible para unos, una vaca de leche para otros. No trato por mi parte de definirla, de saber lo que nos trae de bueno y de malo,

porque me basta que llegue por la ciencia y que la ciencia deba un día determinarla.

La ciencia enterrará las locuras humanitarias, las concepciones delirantes de los hambrientos y los ambiciosos, para establecer el nuevo orden social sobre las verdades naturales.

¿Por qué, pues, nos hemos de inquietar por lo que vendrá, puesto que habrá solamente en ello un producto lógico del trabajo del mundo?

Ello no podrá ser, lo repito, más que un ensanchamiento de la vida.

*

* *

Se nos reprocha no creer.

Quisiera ponerme en pie y hacer en voz muy alta mi acto de fe.

Creo en mi siglo con toda mi moderna ternura. Sólo los creyentes son fuertes. Todo aquel, en política como en literatura, que no crea en su tiempo, caerá en el error y la impotencia. He visto á mis mayores esterilizarse en medio de sus pesares; veré ciertamente resbalar al vacío á aquellos de mis contemporáneos que ensarten perlas aparte, por una distinción de escepticismo.

Creo en la ciencia, porque es la herramienta del siglo, porque lleva en sí la única fórmula sólida de la política y de la literatura de mañana. Ella fué quien abrió la revolución, y ella será quien la cierre. Solamente en ella hay salvación para la humanidad. Ensanchará nuestro dominio

sin rechazar nada de él, precisando nuestras facultades y estableciendo la lógica de nuestras relaciones.

Creo en el día que transcurre, y creo en el día de mañana, seguro de un agrandamiento cada vez más vasto, por haber puesto mi pasión en las fuerzas de la vida.

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1005 MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA DE AUTORES AMERICANOS

OBRAS PUBLICADAS

- ADORACIÓN, por Álvaro de la Iglesia.
 MALOS AMORES, por Felipe Sassone.
 CAPRICHOS, por Rodrigo de Rahaváñez.
 AZUL... por Rubén Darío.
 POR EL CAMINO, por Adrián del Valle.
 LA TRANSFORMACIÓN DE LAS RAZAS EN AMÉRICA,
 por Agustín Alvarez.
 LOS SIMULADORES DEL TALENTO, por José María
 Ramos Mejía.
 IDEACIONES, por Juan Más y Pí.
 MAR Y CIELO, por Luis Reyna Almandos.
 LAS ROSAS DEL DESEO, por Juan Julián Lastra.
 LA TÚNICA DE SOL, por Luis María Jordán.
 CÓMO ESTRENAN LOS AUTORES, por José León
 Pagano.
 RESONANCIAS DEL CAMINO, por Juan Zorrilla de
 San Martín.
 HUERTO CERRADO. — MITRE. — GÓMEZ. — LAVA-
 LLEJA, por Juan Zorrilla de San Martín.

EN PRENSA

- HISTORIAS ÍNTIMAS, por Joaquín V. González.
 VIBRACIONES, por Juan Bautista Gómez.
 LEYENDAS Y PARÁBOLAS, por Salvador Barrada.
 BÁRBAROS Y EUROPEOS, por José León Pagano.

Precio de cada volumen **8 reales**
Los mismos, elegantemente encuadernados
en tela **10**